|  |  |
| --- | --- |
| Descripción: C:\Users\Maritza\Desktop\Logo Corp. del Real .png |  FILOSOFÍA 3° MEDIO CLASE Nº1 Profesor: José Miguel Escobar Castañeda Correo: jescobar@colegiodelreal.clFecha de la clase: 15/04/2021 Tiempo estimado: 90 minutos  |

OA: Comprender la importancia de la pregunta en la experiencia filosófica, y aprender sobre el proceso inductivo de la pregunta a través del método de enseñanza socrática.

Instrucción: Leer atentamente un breve extracto sobre la pregunta, perteneciente al libro “De asombros y nostalgias” de Jorge Eduardo Rivera (p. 332-334, 2016, Ediciones UC, Santiago). Y posteriormente, leer un extracto sobre la enseñanza socrática del artículo “Sócrates y la enseñanza. La dialéctica socrática” de Gregorio Valera-Villegas. Luego, responder las preguntas.

Lectura sobre el preguntar:

“La filosofía se convierte en pasión cuando logra hacer de verdad eso que le es más propio, vale decir: preguntar. Filosofar es preguntar. Pero –una vez más– tenemos que recordar que preguntar no es lo mismo que formular una pregunta. Pilato le preguntó a Jesús “¿qué es la verdad?” Pero, en realidad, lo que hizo no fue más que formular esa pregunta. En el fondo, no le interesaba saber lo que es la verdad. Si le hubiera interesado realmente saber lo que es la verdad, si lo hubiera necesitado para ser, no habría podido seguir haciendo otras cosas, sino que se habría quedado allí fijo, girando en torno a lo que la verdad pudiera ser. Pero Pilato lanzó su pregunta y luego se dedicó a otras cosas. Esa pregunta no era una verdadera pregunta. Porque una verdadera pregunta es una pregunta hecha con pasión, una pregunta que nos agarra y no nos suelta, como esos perros guardianes que cuidan las casas de los ricos. ¿Qué es preguntar? La palabra preguntar viene del latín percunctari, que significa vacilar. Preguntar es vacilar. Y vacilar quiere decir perder la solidez, estar en peligro. Cuando estamos tranquilamente sentados podemos descansar confiadamente. Estamos seguros, firmes. Y es ciertamente una delicia esta experiencia de la solidez y la firmeza. Es un modo de estar en la realidad que se caracteriza por la satisfacción: nos sentimos a gusto, estamos bien. Hasta que, de pronto, empieza a temblar. Me refiero a un temblor de tierra común y corriente. Aunque los temblores de tierra jamás son comunes y corrientes. Son siempre algo extra-ordinario, algo amenazante para lo habitual y acostumbrado. Cuando empieza a temblar, salimos de nuestra firmeza, de nuestra seguridad, y de pronto estamos inseguros. El hombre que está inseguro se pone en movimiento para buscar seguridad. Cuando tiembla, huimos. Pero hay que entender esta huida. De lo que huimos es de la inseguridad. Huimos, quizás, para buscar refugio en un lugar seguro, donde no estemos amenazados. ¿Por qué huimos de la inseguridad? Se diría que la in-seguridad es lo contrario de la vida. La in-seguridad nos amenaza: nos quita ese estar en la realidad en que nos sentíamos a gusto, es decir, nos quita –en cierto modo– la realidad en que estábamos. En lo inseguro no se puede estar. Lo inseguro es lo inestable: es lo que vacila. Y huimos de lo vacilante, porque necesitamos estar firmes. Porque estar, en sentido pleno, es estar firmes, estar en lo firme. […]

Preguntar es vacilar, es estar sin estar, estar en lo inestable. Por eso, preguntar es salir en busca de lo firme, querer saber, y querer saber de un modo seguro, en forma estable. Preguntar es una cosa extraña y nada fácil. “Las preguntas –decía Heidegger–, y más aún las preguntas fundamentales, no se encuentran ahí tan simplemente como las piedras y el agua. Las preguntas no las hay como hay los zapatos o los vestidos o los libros. Las preguntas son y sólo son en su real y efectivo preguntarse”. ¿Qué es, pues, la filosofía? La filosofía no nace jamás de sí misma. Nace de un acontecimiento radical que nos pone en marcha, que nos saca de nosotros hacia otra cosa. Este acontecimiento radical se llama admiración o –mejor– extrañamiento. La filosofía –decían Platón y Aristóteles– nace de la extrañeza. ¿De qué se extraña el ser humano filosófico? Se extraña de lo más obvio, de lo que siempre estaba ahí, de lo de siempre. Se extraña de un cierto fondo –de un suelo– en que su ser ha estado siempre. “Se extraña” quiere decir: se hace extraño a eso de lo que antes era familiar. Lo que antes le era natural, sencillo, familiar y obvio –como nos son familiares nuestros padres, nuestros hermanos o el perro regalón– se le ha convertido al ser humano, de pronto, en algo problemático, extraño, ajeno y lejano. Algo en lo que estábamos se nos va. Pero no se nos va pura y simplemente, sino que a la vez nos acosa, nos asalta, se torna un extraño, pero –curiosamente– no un extraño que nos resulte indiferente, que no nos interese en absoluto, sino justo al revés: un extraño que nos mantiene retenidos y absortos en su propia extrañeza. Pero la extrañeza filosófica no es una extrañeza por esto o lo otro, por tal o cual cosa que de repente se nos haya vuelto asombrosa. No. La extrañeza filosófica es una extrañeza absoluta. En ello todo se nos hace extraño. Y lo que en todo nos extraña es algo que está en todas las cosas: su ser, su realidad. Nos extraña que las cosas sean, que sean reales”.

*Enseñanza socrática:*

EL ARTE DE ENSEÑAR EN SÓCRATES (LA IRONÍA, EL ELENCHUS Y LA MAYÉUTICA SOCRÁTICOS)

Si el arte para Schiller es “aquello que se da asimismo su propia regla”, y Sócrates logra darse su propia regla en el arte de enseñar, entonces él tiene su propio arte. A través de él manifiesta sus ideas y pasiones y la forma como se relaciona con los otros y con el mundo. Además, contribuye a hacer del otro, del discípulo, en alguna medida una obra de arte. Arte entendido como estética de la existencia. Por cuanto para él la enseñanza no era un mero pasar la información de una cabeza a otra, sino un proceso de ascensión espiritual del ser humano.

Este arte de la enseñanza se desplegará fundamentalmente en dos grandes momentos, a saber: en la ironía y la mayéutica. Ambos requerirán de una base cierta: el conocerse a sí mismo, que se traducirá, primeramente, como conocer los propios límites, es decir, su propia insciencia[[1]](#footnote-1), su ignorancia, “saber que no se sabe” diría en la Apología de Platón. La ironía como método en Sócrates se orientará, precisamente, a hacer, mediante el diálogo, que el interlocutor reconozca su ignorancia de camino a la sabiduría, y este es uno de los momentos en los que generalmente será usada la ironía. Aquí el diálogo será abierto con la confesión de ignorancia por parte de él, y elogios a lo sabio que es su interlocutor, quien aceptará los mismos orgullosos de sí. La dialéctica sigue su rumbo y aquellas opiniones que habían sido en un inicio consideradas como verdaderas serán confutadas[[2]](#footnote-2) por Sócrates al demostrar que de ellas se pueden derivar consecuencias sin sentido y claramente contradictorias. A continuación, se propiciará la mayéutica como momento productivo. Sócrates lo iniciará con la ayuda al interlocutor a parir y expresar verdades que se han madurado en su interior, por lo que se tratará de hacerlas explícitas y claras. Se hará evidente también que aquél no podía hacerlo solo, que ha requerido de ayuda, del diálogo, en el que incorporará el discurso breve. Leamos a continuación algunos pasajes que pueden servir para mostrar lo hasta ahora dicho sobre el arte de enseñanza de Sócrates.

(…)

Fedro. - ¡Asombroso, Sócrates! Me pareces un hombre rarísimo, pues tal como hablas, semejas efectivamente a un forastero que se deja llevar, y no a uno de aquí. Creo yo que, por lo que se ve, raras veces vas más allá de los límites de la ciudad; ni siquiera traspasas sus murallas

Sócrates. - No me lo tomes a mal, buen amigo. Me gusta aprender, y el caso es que los campos y los árboles no quieren enseñarme nada; pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad. Por cierto, que tú sí pareces haber encontrado un señuelo para que salga. Porque, así como se hace andar a un animal hambriento poniéndole delante un poco de hierba o grano, también podrías llevarme, al parecer, por toda Ática, o por donde tú quisieras, con tal que me encandiles con esos discursos escritos. Así que, como hemos llegado al lugar apropiado, yo, por mi parte, me voy a tumbar. Tú que eres el que va a leer, escoge la postura que mejor te cuadre y, anda, lee.

Fed. ─ Escucha, pues.

(…)

Sóc. ─ Eres encantador, Fedro. Tú sí que sí eres de oro verdadero, si crees que estoy diciendo algo así como que Lisias se equivocó de todas todas y que es posible, sobre esto, otras cosas que las dichas. Presiento que ni al último de los escritores se le ocurriría cosa semejante. Vayamos al asunto de que trata el discurso. Si alguien pretendiera probar que hay que conceder favores al que no ama, antes que al que ama, y pasase por alto el encomiar la sensatez del uno, y reprobar la insensatez del otro ─cosa por otra parte imprescindible─, ¿crees que tendría ya alguna otra cosa que decir? Yo creo que esto es asunto en el que hay que ser con descendiente con el orador y dejárselo a él. Y es la disposición y no la invención lo que hay que alabar, pero en aquellos no tan obvios y que son, por eso difíciles de inventar, no sólo hay que ensalzar la disposición, sino también la invención.

(…)

“Sólo hay una manera de empezar, muchacho, para los que pretendan no equivocarse en sus deliberaciones. Conviene saber de qué trata la deliberación. De lo contrario, forzosamente, nos equivocaremos. La mayoría de la gente no se ha dado cuenta de que no sabe lo que son, realmente, las cosas. Sin embargo, y como si lo supieran, no se ponen de acuerdo en los comienzos de su investigación, sino que, siguiendo adelante, lo natural es que paguen su error al no haber alcanzado esa concordia, ni entre ellos mismos, ni con los otros. Así pues, no nos vaya a pasar a ti y a mí lo que reprochamos a los otros, sino que, como se nos ha planteado la cuestión de si hay que hacerse amigo del que ama o del que no, deliberemos primero, de mutuo acuerdo, sobre qué es el amor y cuál es su poder. Después, teniendo esto presente, y sin perderlo de vista, hagamos una indagación de si es provecho o daño lo que trae consigo.”

“Que, en efecto, el amor es un deseo está claro para todos, y que también los que no aman desean a los bellos, lo sabemos. ¿En qué vamos a distinguir, entonces, al que ama del que no? Conviene, pues, tener presente que en cada uno de nosotros hay como dos principios que nos rigen y conducen, a los que seguimos a donde llevarnos quieran. Uno de ellos es un deseo natural de gozo, otro es una opinión adquirida, que tiende a lo mejor. Las dos coinciden unas veces; pero, otras, disienten y se revelan, y unas veces domina una y otras otra. Si es la opinión la que, reflexionando con el lenguaje, paso a paso, nos lleva y nos domina en vistas a lo mejor, entonces ese dominio tiene el nombre de sensatez. Si, por el contrario, es el deseo el que, atolondrada y desordenadamente, nos tira hacia el placer, y llega a predominar en nosotros, a este predominio se le ha puesto el nombre de desenfreno. Pero el desenfreno tiene múltiples nombres, pues es algo de muchos miembros y de muchas formas, Y de éstas, la que llega a destacarse otorga al que la tiene el nombre mismo que ella lleva. Cosa, por cierto, ni bella ni demasiado digna. Si es, pues, con relación a la comida donde el apetito predomina sobre la ponderación de lo mejor y sobre los otros apetitos, entonces se llama glotonería, y de este mismo nombre se llama al que la tiene. Si es en la bebida en donde aparece su tiranía y arrastra en esta dirección a quien la ha hecho suya, es clara la denominación que le pega. Y por lo que se refiere a los otros nombres, hermanados con éstos, siempre que haya uno que predomine, es evidente cómo habrán de llamarse. Por qué apetito se ha dicho lo que se ha dicho, creo que ya está bastante claro; pero si se expresa, será aún más evidente que si no: al apetito que, sin control de lo racional, domina ese estado de ánimo que tiende hacia lo recto, y es impulsado ciegamente hacia el goce de la belleza y, poderosamente fortalecido por otros apetitos con él emparentados, es arrastrado hacia el esplendor de los cuerpos, y llega a conseguir la victoria en este empeño, tomando el nombre de esa fuerza que le impulsa, se le llama Amor12. (Platón, Fedro, 1988a. (230d-e, 236a, 235a, 237c-e, 238a-c), pp. 317-331).

El elenchus (ἔλεγχος), entendido como el método de Sócrates, de base dialéctica socrático/platónica, se despliega en el cuestionamiento, en el preguntar socrático. En este preguntar, con tono retórico, se busca propiciar una nueva pregunta que de mayor claridad a la primera y, de algún modo, al concepto en cuestión. Veamos un posible ejemplo: ¿Puedo votar en las próximas elecciones? A lo que se responde con otra pregunta como si la primera no lo fuera o se entendiera como pura retórica: ¿Acaso no son los ciudadanos quienes votan?

Se empieza haciendo todo tipo de preguntas hasta que los detalles del ejemplo sean evidenciados, para ser luego usados como plataforma para alcanzar valoraciones más generales. El elenchus se aplica entre dos interlocutores, y en él se debe alcanzar, no sin antes vivir una experiencia de conocimiento mediante el esfuerzo de reflexión y razonamiento inductivo, un concepto o definición universal. Entre Sócrates y Fedro, como hemos visto en la cita anterior, el primero, Sócrates, lleva el liderazgo del diálogo, y el segundo opta por afirmar o negar ciertas ideas que se dan para ser aceptadas o rechazadas. El preguntar atinadamente, en torno a un tema, es la clave, así como la respuesta adecuada alcanzada mediante el consenso. Las preguntas pueden descender hasta llegar a los detalles del ejemplo, para luego ascender a la definición. La herramienta eficaz para alcanzar lo que se busca en torno a un asunto es provocar que el interlocutor, camino a la aporía, se contradiga en sus ideas, para lograr su aprobación de la verdad de la perspectiva o conjetura en cuestión que ha venido argumentando el interlocutor contrario, con el conocimiento de que lo que había venido sosteniendo era falso. Este consenso, claro está, no siempre es logrado por Sócrates.

El método elenchus se opone a la erística (eristiké) de los sofistas por cuanto con él se busca conocimiento de la verdad. El elenchus suponía desplegar dos momentos principales, a saber: la ironía y la mayéutica. Con el primero se buscaba derribar la opinión infundada de aquél, quien arrogantemente creía saber la verdad. En el Fedro, como pudimos ver, Sócrates, en un primer momento, encumbra a su interlocutor como un sabio en la materia que se trata, el amor. En la ironía se han distinguido dos métodos a su vez, Kohan (2009, p.30) siguiendo a Kierkegaard, los señala: el especulativo y el irónico. En el primero, Sócrates, pregunta para obtener respuestas cada vez más profundas, la vía mayéutica, y en el segundo para vaciar de respuestas a su interlocutor, y así pueda comprender su ignorancia relacionada con el asunto tratado en el diálogo, del que creía saber mucho. La ironía, con base en la refutación, de acuerdo con Mondolfo, significaría una vía para la purificación por el error en el que se estaba, y, a la vez, estímulo para el conocimiento (Véase Mondolfo, 1996). De algún modo, es lo que alcanza Fedro, en el extracto citado, en su diálogo con Sócrates, e intenta purificarse pidiendo a Sócrates su punto de vista en el conocimiento del amor. De esta manera, la dialéctica socrática presenta la relación de dos fases profundamente implicadas, al decir de LANDA (2003), a saber: la ironía y la refutación como momentos negativos, y la conciencia del no saber o agnoia, y el parir la idea o mayéutica como momento positivo.

Preguntas texto 1:

* ¿Qué es preguntar?
* ¿Por qué filosofar es preguntar?
* ¿Por qué el preguntar es como un temblor o terremoto?
* ¿Debe ser temido el preguntar? ¿Por qué?

Preguntas texto 2:

* ¿Cómo es la enseñanza socrática?
* ¿Qué es el Elenchus?
* ¿Cuál es la diferencia entre ironía y mayéutica socrática?
1. Falta de suficiencia. [↑](#footnote-ref-1)
2. Impugnar de modo convincente la opinión contraria. [↑](#footnote-ref-2)